

EDITORIAL

Desde los inicios del siglo pasado la organización, y especialmente la organización empresarial, ha sido abordada desde distintas perspectivas en un esfuerzo por concebirla en su real dimensión: totalmente ligada, en distintos modos y circunstancias, a la sociedad. En este punto las reflexiones han sido orientadas con mucha fuerza hacia el examen de lo que Friedman define como externalidades. Para él una externalidad es el efecto de una transacción entre dos individuos hacia una tercera parte que no ha consentido ni ha participado en esa transacción. De este modo las organizaciones parecieran estar diseñadas para producir externalidades, en su camino hacia la producción de bienes, tangibles o intangibles, que satisfacen necesidades diversas de esa sociedad a la cual impacta. Todo de manera simultánea.

El grado de percepción de este impacto es directamente proporcional al sentido de empoderamiento de la sociedad organizada y al desarrollo de la capacidad de crítica de los individuos que la integran. Una relación cada vez más fuerte, con más significados y con más poder para alcanzar los cambios profundos y significativos que las motivan. Pero no siempre fue así. Las consecuencias de los impactos sociales negativos de la exacerbación de la revolución industrial, solo unos pocos las percibieron y se atrevieron a manifestarla abiertamente. Tal y como lo expresa Elton Mayo, los artistas fueron los primeros en expresar abiertamente la contrapartida del avance de la industrialización y el costo para la sociedad en términos de lo que identificó como el peor aspecto del progreso. El tema es especialmente significativo para un artista en el mismo momento histórico Charles Chaplin, quien hizo célebre la imagen del vagabundo, el obrero, el desamparado y el débil en medio de la sociedad industrial pujante de la época. Un integrante de la sociedad, un tercero, receptor de la máquina productora de externalidades.

Dentro del mundo de la industrialización del momento la fragmentación de la actividad del management, orientado de manera peligrosa hacia la creencia de que éste solo es un mecanismo oportunista cotidiano aislado de un fin último y de todo principio ético y científico, es la preocupación de Oliver Sheldon. El anuncia, desde 1923, la responsabilidad social de management como una responsabilidad humana y que las oscuridades que ha producido ese management están sujetas a la comunidad en un sentido económico, lo cual lo conduce a postular que es el "servicio a la comunidad" el móvil fundamental de la industria y su móvil principal. Una posición atípica para la época pero de una gran avanzada en la constitución de referentes vitales para la sociedad contemporánea, respecto al tema de la responsabilidad social corporativa.

Un puente podría construirse entonces, entre la externalidad y la responsabilidad social a través de la reducción de la primera como objeto de trabajo de la segunda. A medida que avanzó y murió el siglo XX y a medida que comienza el siglo XXI, no son pocas las voces que se han dejado oír, en distintos escenarios, evidenciado y proclamando el impacto lesivo de la gran corporación en la vida cotidiana de todos los seres humanos en toda sus dimensiones y la necesidad de hacer algo al respecto para contrarrestarlo. Examinar y resolver las contradicciones, por ejemplo, entre productividad y empleo, entre el decir y el hacer, entre la expectativa del trabajador y la calidad de vida en el trabajo, y muchas otras subrayadas por LeMüel, son un punto de partida para que la sociedad, y especialmente la sociedad de las corporaciones, afronten el gran reto que la comunidad les demanda cada vez más fuerte: reducir el impacto negativo, quizá involuntario quizá deliberado, de sus operaciones.

A pesar de las nuevas formas para comprender las organizaciones, ninguna puede estar más cercana a describirla como la que podemos representar, metafóricamente hablando, a través de un fragmento del célebre poeta John Donne a mediados del siglo XVI: “Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo de continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una parte de la tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca hagas preguntas por quién doblan las campanas; doblan por ti”.

Nely Pérez Martínez

Docente Escuela de Administración de Empresas.
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia